

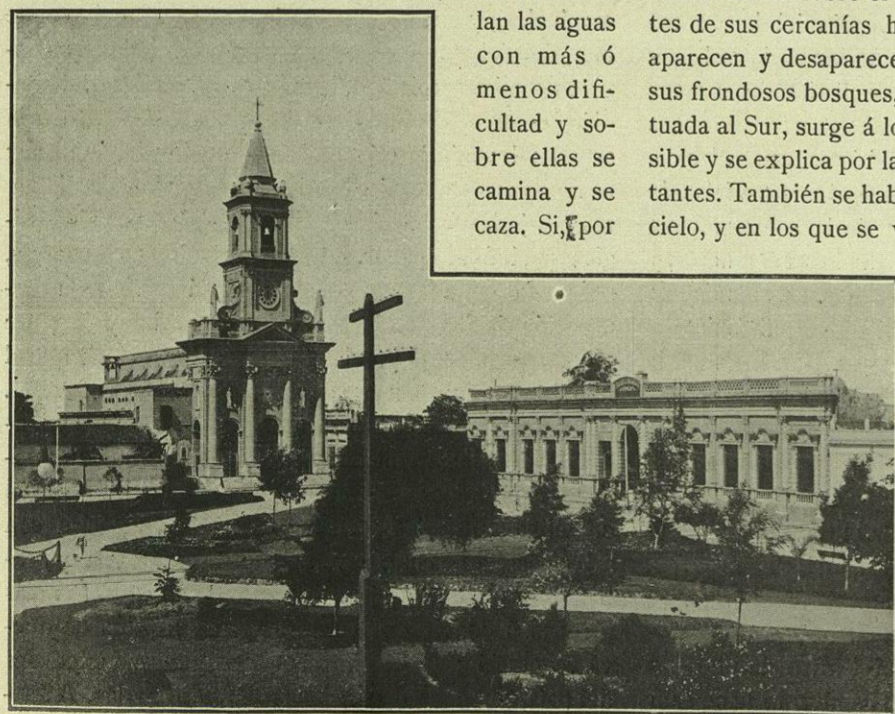
bargo, bien podría suceder que debajo de ellas existiesen varios metros de agua. Las más de ellas tal vez tengan como base de sustentación la maraña vegetal de los embalsados, sobre los que se amontonan detritus y detritus, formando una gruesa capa de tierra que nutre á una exuberante vegetación, haciéndola surgir por todos lados.

La profundidad de la laguna es variable. En algunas tentativas de reconocimiento se han alcanzado 14 brazas de profundidad; por ejemplo, en el sitio que llaman «Rincón del socorro». Los raros exploradores que han penetrado en la laguna dicen que su vida en ésta fué un tormento, continuamente acechados por el tigre, y no pudiendo avanzar un pie sin arrostrar la amenaza de la víbora.

Los camalotes juntan sus hojas hasta formar un solo cuerpo, y de igual modo se juntan sus raíces, entrelazándose como una red subacuática cada vez más tupida. Llega á tener este tejido algunos metros de profundidad, y el entrecruzamiento de sus tentáculos es tan estrecho, que acaban por formar un solo cuerpo, sólido como una pared, que flota sin permitir que las aguas penetren en su masa. La caída incesante de hojas en la cara superior, que se descomponen y convierten en detritus, y la tierra que depositan las inundaciones y el viento, truecan con el curso de los años los antiguos camalotes en campos móviles de tierra vegetal; tierra de primer orden, humus puro. De ella va surgiendo una flora nueva y vigorosa, herbácea al principio, de arbustos más tarde, y que al aumentar la isla en solidez acaba por convertirse en árboles gigantescos.

Así se han formado algunas de las islas de la Iberá, que tienen como base el tejido de millones y millones de raíces, las cuales sirven de sostén á la tierra depositada y á su magnífica vegetación. Por debajo de

ellas circulan las aguas con más ó menos dificultad y sobre ellas se camina y se caza. Si, por



CORRIENTES. PLAZA 25 DE MAYO



CORRIENTES. PALACIO DE JUSTICIA

desgracia, el espesor de la costra no es grande y cede bajo el peso del hombre y el caballo, son tragados éstos como por escotillón y se ahogan, no encontrando medio de flotar envueltos en una maraña de raíces.

Grandes masas de embalsados cierran superficies acuáticas, que forman como lagunas secundarias dentro de la gran laguna. Tortuosos canales se abren entre las islas de vegetación y las islas de tierra firme. Todo este mundo de tierras flotantes con espléndidos bosques es incierto y de problemática duración. Unas islas se unen á otras formando vastas penínsulas, ó se fraccionan en pequeños grupos de árboles que bogan impulsados por la corriente, yendo á soldarse con otra orilla. Una tempestad trastorna y desfigura el interior del lago... Y sobre estas costras, que tienen debajo varios metros de agua, vive todo un mundo animal, que ataca por instinto y se defiende como puede, desde los yacarés y los tigres, á las tortugas y los gamos.

La imaginación en el curso de los siglos ha fantaseado mucho sobre el misterio de la Iberá. Los habitantes de sus cercanías han relatado que en esta laguna aparecen y desaparecen de repente grandes islas con sus frondosos bosques, y la que estaba, por ejemplo, situada al Sur, surge á los pocos días al Norte. Esto es posible y se explica por la movilidad de los embalsados flotantes. También se habla de paisajes que aparecen en el cielo, y en los que se ven invertidos los panoramas de la misteriosa laguna. Igualmente puede admitirse esto como un fenómeno de espejismo.

Los indígenas hablan de ruidos espantosos que surgen del centro de la laguna durante la noche, y que á ellos les parecen venidos de ultratumba. Otras veces distinguen danzas de fuegos fatuos y misteriosas fogatas, creyendo firmemente que todas estas apariciones son obra de las almas de los antiguos pueblos de enanos, que, según

las leyendas locales, habitaban la laguna en otras épocas.

Cuando Azara visitó las inmediaciones de la Iberá le hablaron los indios de los misteriosos pigmeos que vivían en sus islas. Esta tradición no tiene ningún fundamento. Es casi seguro que en otros siglos la laguna ha tenido habitantes, pero no se sabe con qué fundamento debían ser enanos, ni se ha encontrado ningún vestigio de ellos. Indudablemente el supuesto pigmeísmo de los antiguos pobladores de la Iberá se funda en los muchos hormigueros que existen en ella, cúpulas de barro, de una altura de dos metros, que parecen habitaciones para hombres de pequeña estatura. Estos hormigueros ó *tacurís* son de barro duro, y tan resistentes, que se puede marchar sobre ellos á caballo. Algunos cazadores ó bandoleros, perseguidos por la justicia, que se refugian en la Iberá, marchan sobre las tierras sumergidas, haciendo saltar su caballo de cúpula en cúpula por encima de los hormigueros. Un paso en falso y una caída equivalen á la muerte, pues no es fácil sobrenadar en el barro y las intrincadas raíces de estos callejones acuáticos. Lo único cierto, en lo que se refiere á los antiguos habitantes de la Iberá, es el hallazgo de un cementerio subacuático de indios, descubierto en una tentativa de exploración. Se encontraron junto á los esqueletos algunos restos de vasijas antiguas. Pero esto no ha dado gran luz sobre las tribus que poblaban la laguna.

No durará mucho la lobre-guez que envuelve á estas tierras pantanosas. El siglo xx es incompatible con el misterio de la Iberá. El gobierno de Corrientes destina un crédito considerable para su estudio, con el objeto de canalizar y desaguar sus terrenos, poniéndola en comunicación con el Alto Paraná y haciendo navegable el río Corrientes. Esta obra enorme ha de ser de gran provecho para la salida de los productos de Misiones. Los buques destinados al comercio de este territorio podrán ahorrarse dos ó tres días de navegación siguiendo la nueva vía, que cortará diagonalmente la provincia de Corrientes, en vez de continuar por el Alto Paraná, hasta las cercanías del lugar en que se une dicho río con el Paraguay y el Bermejo.

El día en que la Iberá, por medio de un corte gigantesco, quede en contacto con el Paraná, se acabarán los fenómenos de espejismo, las islas flotantes, las danzas de fuegos fatuos, la existencia fantástica de los enanos, en la que aun creen muchos, y serán más raros el tigre, el lobo y la gran variedad de serpientes y víboras que tanto abundan en los países tropicales, y especialmente en el refugio procreador de esta laguna inmensa.

Los reptiles venenosos constituyen un serio peligro en las tierras pantanosas de la provincia. La víbora *nanácanind*, por otro nombre «de la cruz», á causa de la marca que lleva en la espalda, es de una picadura mortal, pues todas sus víctimas perecen á las pocas horas de haber recibido el mordisco. La llamada serpiente coral no es menos venenosa, y recibe su nombre de los anillos de aquel color que alternan en su cuerpo con otros negros. La *yarará* es también de ponzoña mortal, que sólo necesita una hora ó dos para surtir sus efectos. La serpiente más conocida de todas es la de cascabel, que, según dicen las gentes del país, aumenta un cascabel en su cola por cada año que vive. Hay además varias arañas venenosas y un pequeño sapo, llamado «escuerzo», que es temible por su baba.

En los territorios más selváticos de la provincia, cree la gente en la existencia de «serpientes mamonas», ó sea reptiles que van por la noche á la cama de alguna mujer para chupar la leche de sus pechos. Esta creencia es tan antigua como el mundo, pues todos los pueblos aceptaron el hecho, empleándolo como base de numerosos cuentos. La ciencia lo niega, fundándose en que las serpientes, por tener los labios cartilagosos, no pueden hacer el vacío y, por tanto, la succión. ¡Pero tantas cosas ha negado la ciencia en el primer momento, apoyándose en sus observaciones de gabinete, que luego ha tenido que rectificar, aceptándolas en vista de la comprobación positiva de los hechos!...

Por regla general, el primer movimiento de la ciencia ante las afirmaciones de la sabiduría popular que viene transmitiéndose de siglos en siglos, es la negación. Luego nuevas informaciones vienen á reconocer y á consagrar lo que con miles de años de anterioridad habían ya descubierto por medio de observaciones directas otros hombres menos cultos. Así ocurre en medicina y en otras ciencias.

Es realmente extraordinario que desde hace muchos siglos, y en pueblos de distintos lugares del planeta que no han tenido ninguna relación entre ellos, se crea firmemente en las serpientes que maman. Los sabios, desde sus casas, fundándose en la lógica, se han reído de esto como de una conseja. Pero las gentes del campo, que ven las cosas de más cerca, sostienen la exactitud del hecho. Además, un ilustre fisiólogo ruso ha comprobado prácticamente la verdad de la creencia popular, afirmando con su testimonio científico la existencia de serpientes que lactan de pechos humanos.

Yo he hablado en Corrientes con un estanciero de origen español, hombre de alguna cultura, que vive



CORRIENTES. ESTATUA DE SAN MARTÍN

en sus campos llevando la existencia del gaucho pastor. El me contó cómo la mujer de uno de sus capataces se quejaba de un decaimiento inexplicable. Apenas podía tenerse en pie. A pesar de que comía con abundancia, cada vez más, y dormía perfectamente, era víctima de una rápida extenuación. Una noche se despertó en el rancho que habitaba con el capataz, sintiendo en los pechos un roce extraño, y se dió cuenta de que un animal estaba mamando de uno de ellos. Quiso gritar para que despertase su marido, que dormía junto a ella, y no se atrevió. La víbora seguía hartándose sobre la infeliz, próxima a desmayarse de terror, hasta que al hacer el marido un movimiento durante el sueño se deslizó el reptil, escurriéndose fuera de la cama. Gritó entonces la mujer, contando lo ocurrido a su esposo, y éste, aunque con alguna duda, creyéndolo todo efecto de una pesadilla, encendió una luz y buscó en el suelo, que era de tierra apisonada, el rastro de la serpiente.

Su mirada de campesino no tardó en encontrarlo: iba desde la cama a un pequeño agujero abierto en la pared de barro. Por allí había huido la víbora. A la noche siguiente, mi amigo el estanciero, avisado por el capataz, esperó con éste dentro del rancho, junto al pequeño boquete. A la misma hora de la noche anterior avanzó por el orificio el cuerpo de la serpiente, que venía en busca de su ración, y los dos hombres la partieron a machetazos. Fué una suerte para la pobre mujer, enloquecida de miedo, y que únicamente recobró la tranquilidad al ver hecha pedazos la víbora.

Hay que hacer constar que mi amigo es algo competente en materia de reptiles. Vive en unos campos feraces, de espléndida vegetación, que, por lo mismo, ocultan gran abundancia de animales dañinos. Ha matado muchas serpientes venenosas. Las más huyen y sólo hacen frente al hombre cuando éste las pisa. Hay una víbora que por ser ciega resulta la más peligrosa. Esta no escapa; permanece enroscada entre las hierbas, y semejante a un muelle en espiral que se dispara, lanzase rectamente, con prodigioso salto, hacia el lugar donde cree percibir al enemigo. El que encuentra por delante recibe su picadura mortal.

Un amanecer, al despertar mi amigo en un rancho donde había pasado la noche, tomó sus botas, que estaban junto a la cama; unas botas altas hasta las rodillas, fuertes y duras, como hay que llevarlas en los países subtropicales para caminar por el matorral, que oculta numerosos peligros. Se calzó una bota á tientas y antes de ponerse la otra, no sabe el por qué, quiso volverla hacia abajo. Tal vez notó, inconscientemente, un ligero aumento de peso; tal vez el instinto le avisó, con maravilloso presentimiento. Lo cierto fué que al volver la bota salió ondulando de su interior una víbora de regular tamaño, que se había refugiado en ella para pasar la noche. De meter el pie el estanciero, su muerte hubiese sido obra de minutos.

Con la desecación de las tierras de la Iberá va á acabar el oficio heroico de «tigrero». Este es un gaucho cazador, que persigue al tigre y vive de la venta de sus

pieles. Emplea días y días en encontrar y seguir el rastro del felino, hasta que da con él, arrojando el peligro de las ciénagas, los embalsados y los canales fangosos.

Tienen la habilidad de los perros de caza para descubrir al feroz animal. Su instinto asombra aun más que su valor sereno. Sus armas se reducen á un poncho de lana gruesa y una chuza, especie de lanzón corto. Al enfrentarse con el tigre se envuelven el brazo izquierdo con el poncho, colocando una rodilla en tierra y apoyándose en la otra, al mismo tiempo que provocan al felino. Este se abalanza sobre el brazo que le ofrecen como una carnada, y mientras intenta morder, el cazador, con la mano derecha, clava su lanza en el corazón del animal. La operación ha de ser rapidísima. Si marra el golpe, su muerte es casi inmediata. Aun acabando con el tigre del primer lanzazo, ocurre las más de las veces que, antes de morir, ya ha deshecho de una dentellada la envoltura del poncho, llevándose un jirón de carne, pues sus colmillos cortan como navajas de afeitar.

Muchos de estos tigreros llevan en su cuerpo cicatrices enormes. El doctor Pont me contaba que había asistido en la frontera del Paraguay, cerca de Corrientes, á un tigrero, herido en un encuentro con la fiera. Ésta, en vez de morder en el poncho, lo había desarmado de una manotada, arrancándole la chuza. Entonces el tigrero, viéndose indefenso, se levantó, intentando huir; pero al dar vuelta, recibió un zarpazo en el dorso, que le arrancó en bloque toda la piel y los tejidos, hasta dejar las costillas al descubierto. Era una ancha herida, un horrible desgarrón, que abarcaba desde la nuca al muslo derecho, incluyendo una nalga.

Los naturales del país creen que las heridas del tigre son ponzoñosas, por lo mucho que tardan en cicatrizar. Según los médicos que han observado algunos de estos casos, se debe, más que á la ponzoña, al destrozamiento y desgarro que producen las zarpas en los tejidos. El doctor Pont, en los estudios notables que ha hecho sobre la lepra, cuenta que dos indios leprosos examinados por él, atribuían su enfermedad á zarpazos del felino.

En las tierras del Paraguay, vecinas á Corrientes, existe entre los campesinos la creencia de que, las heridas hechas por el tigre, sólo se pueden curar matándolo y comiendo su carne. Para ello preparan y ahuman sus piernas en forma de jamones. Yo conozco alguien que por curiosidad ha probado este jamón extraordinario. Tiene el sabor de la carne de ciervo, con un gusto amargo nada desagradable.

Los propietarios de las estancias inmediatas á la laguna Iberá pagan un continuo tributo al tigre, pues éste acostumbra á cazar en las tierras que ocupan sus rebaños. Para librarse de él protegen á los tigreros y les pagan 20 pesos por cada felino muerto que presentan. Aparte de esta retribución, el tigrero saca unos 50 pesos, más ó menos, de la piel del animal, según su tamaño y hermosura. ¡140 francos por exponerse á una muerte horrible!...

Los tigreros se quejan de su oficio, no por los pe-

ligros que ofrece, sino porque su deseo estriba en matar un tigre diariamente, y á veces transcurren semanas y semanas en acecho ó siguiendo un rastro, sin dar con el felino.

* * *

Después de lo dicho no hay que incurrir en el error de imaginarse que la provincia de Corrientes sólo tiene tigres y reptiles venenosos. El extranjero es muy dado á generalizar cuando le hablan de tierras que no conoce, y agranda los detalles de una región determinada, haciéndolos extensivos al país entero.

Una señora francesa que se trasladó á Río Janeiro con su familia, recomendaba á la doncella que al sacar los niños de paseo tuviese cuidado con las boas. Había leído que en los bosques vírgenes del Brasil abundan las serpientes y se imaginaba que los jardines de la ciudad debían estar repletos de ellas.

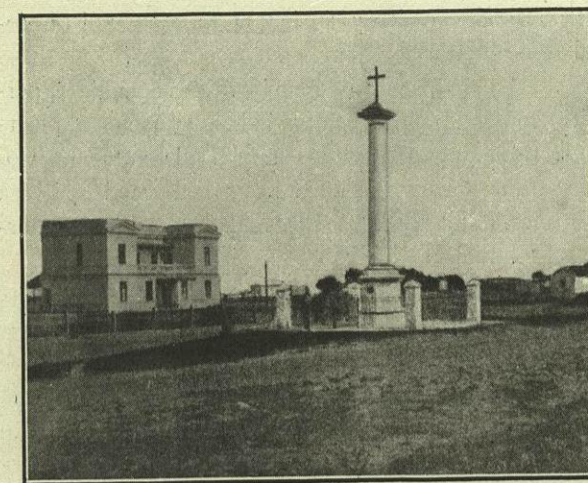
Igualmente ridículo sería imaginarse que en la ciudad de Corrientes y en las ricas villas de su provincia, así como en los campos que las rodean, existen animales feroces que ponen en peligro la existencia humana. En esas ciudades y en las tierras cultivadas, es la vida, poco más ó menos, como en las demás provincias de la República. La falta de población y los obstáculos de la naturaleza mantienen grandes pedazos del suelo correntino en estado casi inculto, y en ellos es donde el clima tropical desarrolla y mantiene tales peligros. En los alrededores de la laguna Iberá, y en las estancias patriarcales habitadas por una docena de hombres que cuidan miles de reses, es donde el tigre corre la llanura, la serpiente se enrosca en la selva y el cocodrilo chapotea en el bañado.

Fuera de estas regiones que aun no han sido modificadas por el trabajo de los hombres, la vida se desarrolla con todas las comodidades y seguridades de los pueblos más civilizados.

El clima de esta provincia, á pesar de hallarse cercana al trópico, es de gran salubridad. Llegan durante el verano grandes nubes de mosquitos del fronterizo territorio del Chaco, donde reina el paludismo, y, sin embargo, esta dolencia es desconocida en Corrientes, así como la fiebre tifoidea, que tampoco causa víctimas, no obstante las grandes extensiones acuáticas de



CORRIENTES. CALLE RIOJA



CORRIENTES. ESTACIÓN DEL FERROCARRIL Y COLUMNA CONMEMORATIVA DE LA FUNDACIÓN.

escasa circulación. Los casos de longevidad resultan muy numerosos: los octogenarios son muchos, y hasta se encuentra alguno que otro centenario.

En las clases populares subsisten ciertas preocupaciones que son restos, indudablemente, de las antiguas creencias guaraníes. El populacho tiene gran fe en el amuleto protector llamado *payé*, y algunas personas de clase más elevada acaban participando de tales supersticiones. El *payé* es un amuleto que se lleva sobre el pecho y salva la vida en la lucha diaria y en los campos de batalla. También proporciona mucha suerte con las mujeres, y el que posee un *payé* de mérito está seguro de rendir los corazones más esquivos. El *payé* consiste, generalmente, en una pluma de *cabureí*, una astilla de santo viejo ó una bala extraída de una herida.

La casualidad favorece á veces á los portadores de tales amuletos con una suerte extraordinaria, y esto sirve para consolidar más aún la fe de los supersticiosos. En una de las numerosas revoluciones ocurridas en la ciudad de Corrientes, los rebeldes atacaron á media noche el cuartel de la policía. Uno de los oficiales de ésta se batió como un loco, á horcajadas sobre una pared, presentando el cuerpo á los enemigos, hasta que agotó sus municiones. Diez revolucionarios estuvieron disparando contra él mucho tiempo á 40 metros de distancia, y no consiguieron hacerle más que un rasguño en un pie. El oficial, después de salir casi incólume de la peligrosa aventura, no mostraba asombro ni contento por su buena suerte. Estaba convencido de que nadie podía herirlo de gravedad mientras conservase su *payé*. Y mostraba con veneración una bolsita colgando de su cuello.

En otros casos el *payé* ha sido menos poderoso, dando lugar á horribles decepciones. Cuéntase de dos gauchos que se vieron tras larga ausencia en el mercado de Corrientes, y luego de solemnizar la alegría del encuentro con varias copas, hablaron de los *payés* y sus milagros. Uno de ellos enseñaba un amuleto prodigioso, afirmando que aunque le tirasen á boca de jarro, las balas le respetarían. Su compadre, más incrédulo, contestaba sonriendo que esto había que verlo para creerlo, y

así continuó el copeo y la disputa, hasta que al fin decidieron intentar una demostración práctica.

El del *payé*, seguro de la virtud de su amuleto, permitió impávido que su camarada le colocase en el pecho un *recortado*, pistola-trabuco muy usada antes en Corrientes, y que estaba llena hasta la boca de pólvora y balines. Esta especie de ametralladora debía dispararse sobre el mismo amuleto.

—Verás vos cómo las balas rebotan —decía el hombre de la fe.

El incrédulo apretó el gatillo: ¡boom! . . . Y el camarada cayó hecho una criba, con el amuleto chamuscado y metido en la carne. Nadie agradeció esta concluyente experiencia científico-brutal. El muerto fué al cementerio y el matador á la cárcel por muchos años, satisfecho, tal vez, de haber probado á su compadre que lo del *payé* era mentira.

* *

Tiene la provincia de Corrientes, además de su capital, varias poblaciones de importancia por el número de sus habitantes y la valía de sus productos. En el Sur figuran Curuzú-Cuatí y Mercedes, de las que ya hemos hablado. Monte Caseros y Paso de los Libres deben gran parte de su prosperidad á su situación geográfica, pues estando próximas á la República Oriental y al Brasil, se operan por ellas todas las transacciones relativas á la venta de ganados que se exportan á dichos países limítrofes.

Otros lugares importantes son San Roque, Saladas, Empedrado, San Martín, La Cruz, Alvear, Santo Tomé Ituzangó, Caa-Cati, Itati (célebre por su virgen de la época colonial), San Cosme, Bella-Vista, Esquina, Mburucuyá, San Luis del Palmar, Lavalle y Concepción.

El centro más importante de la provincia, después de la capital, es Goya, situado sobre el río Santa Lucía, que es navegable y desemboca en el Paraná. Esta población gozó de gran fama en toda la República por sus quesos, que ahora han sido vencidos por los del Chubut y los de algunas fábricas establecidas en la provincia de Buenos Aires.

El distrito de Goya es el más importante por el número de su población, sus ganados y su riqueza agrícola. Bella-Vista, que merece este nombre á causa del hermoso panorama que se abarca desde sus costas sobre el Paraná, exporta maderas, tabacos y azúcares. La ciudad de Esquina, situada á orillas del río Corrientes, tiene una importancia comercial más modesta, pues su principal tráfico consiste en la exportación de carbonos de leña.

La provincia de Corrientes fué la única que respondió al ilustre Urquiza cuando éste invitaba á todas las provincias argentinas á sublevarse contra el despotismo de Rosas. Sus fuerzas, con las de Entre Ríos, constituyeron el núcleo del ejército libertador.

En la guerra con el Paraguay, Corrientes fué la primera víctima. La invadieron las tropas de López Solano, después de apresar en sus aguas la escuadra paraguaya á dos buques argentinos, lo que dió origen á la guerra.

En la misma ciudad de Corrientes ocurrió el primer choque, desalojando y derrotando las tropas argentinas, mandadas por el general Paunero, al ejército paraguayo, que dirigía el general Robles.

La cultura popular es muy grande en esta provincia. Dan algunos á Corrientes el título de «ciudad de las escuelas», y en sus centros de enseñanza se destruye el analfabetismo y se crean y moldean caracteres enérgicos y rectos. Si se tienen en cuenta los recursos económicos de cada provincia, Corrientes, que no es tan rica como otras de la Argentina, descuella sobre todas, porque, no obstante sus limitados medios, atiende al desenvolvimiento de la educación pública con noble tenacidad. La tercera parte de sus ingresos los dedica á la instrucción y hoy tiene más de 300 escuelas, con 600 maestros y 35.000 alumnos.

Sus esfuerzos por la enseñanza no hay que buscarlos únicamente en el número de las escuelas, sino en la habilidad magistral con que sus gobernantes saben desenvolver la instrucción. Cifran su éxito más que en la cantidad de centros de enseñanza, en los resultados que den éstos. Los alumnos, al mismo tiempo que reciben una educación científica, ven aplicada su actividad á las artes industriales, al comercio y á todas las enseñanzas prácticas que pueden servirles luego en la vida.

Es la perseverancia la condición más saliente del carácter de los correntinos. La educación que reciben sus hijos los prepara para ser industriales ó buenos agricultores, que es lo que necesita el país. Debe decirse en honor de Corrientes que el número de «doctores», que en otras provincias llega á constituir una calamidad, por la influencia maléfica que ejercen en la política y la paz pública, no es aquí grande. Una enseñanza práctica del trabajo industrial y las faenas agrícolas se aplica en todas las escuelas, desde las elementales á las graduadas, con éxito satisfactorio. Las ciudades importantes de la provincia tienen hermosos edificios destinados á la enseñanza, lo mismo que el resto de la Argentina; pero el gobierno de Corrientes atiende con especialidad á las escuelas rurales, siendo superior la educación de los campos correntinos á la que reciben las agrupaciones rústicas de otras provincias. La gran evolución de la cultura popular se inició en Corrientes bajo el mando del ingeniero Virasoro, y desde entonces los gobernantes han seguido el mismo camino, animados y secundados por el pueblo.

En ningún país de la Argentina es la enseñanza pública una aspiración y una función popular como en esta provincia. Todos se preocupan del desarrollo y la suerte de los establecimientos educativos, considerándolos como obra propia y viendo en ellos una institución venerable, á la que va unido el prestigio de la provincia. Ya dije en otro lugar cómo las hijas de las familias más acomodadas consideran un alto honor ejercer de simples maestras en las escuelas de la capital; cómo se sigue dentro del hogar la tradición de servir á la enseñanza, y cómo las damas y matronas recuerdan los tiempos de su juventud, en que se dedicaron al profesorado. Los correntinos de mayor intelectualidad desempeñan

cátedras en los colegios nacionales y escuelas de la provincia, más por patriotismo que por el estipendio que recibe el profesorado.

Las bibliotecas públicas de la ciudad de Corrientes son importantes, y en todas las poblaciones de algún vecindario circulan los libros con cierta profusión. En las escuelas nótase la influencia de un profesorado culto que no se limita á las arideces de la enseñanza, vivificando ésta con artísticas amenidades. Obras maestras de la escultura clásica figuran en las galerías y salas de

mando de los territorios del Río de la Plata, y Adelantado de esta parte de América por su casamiento con la hija de Ortiz de Zárate.

Esta fundación obedeció al deseo de establecer una escala entre Asunción del Paraguay y la ciudad de Santa Fé. El fundador de Corrientes la tituló con el nombre un poco largo de «San Juan de Vera de las Siete Corrientes», en honor del adelantado Don Juan Torres de Vera y de las siete rápidas corrientes que forma el río en sus cercanías. La dificultad de emplear con fre-



CORRIENTES. VISTA DE LA CIUDAD (En primer término, el Palacio de Gobierno).

las escuelas. En las clases de música ornan las paredes los retratos de los grandes compositores. Las maestras y maestros explican á sus alumnos la historia de las bellas artes y de la literatura universal. Los más de estos alumnos irán á cultivar la tierra, á cuidar los ganados, ó se dedicarán á industrias mecánicas; pero esto no quita oportunidad á la citada enseñanza. El hombre es un compuesto de espíritu y materia, y ambos elementos tienen sus necesidades. Bueno es armar al niño para las luchas de la vida y la conquista del pan; pero no hay que olvidar el desarrollo de sus funciones imaginativas, que proporcionan casi siempre las alegrías más puras de la existencia.

* *

La capital, que tiene hoy más de 20.000 habitantes, la fundó en 1588 Alonso de Vera, enviado por Don Juan Torres de Vera y Aragón, sucesor de Garay en el

cuencia tan largo nombre, fué acortando el título de la ciudad, hasta quedar simplemente en Corrientes.

Alonso de Vera y sus soldados construyeron un fuerte y levantaron una cruz como signo de posesión. Los indígenas atacaron el primero é intentaron quemar la segunda, dando esto origen á una leyenda milagrosa y al culto tradicional de que es objeto el santo madero de los tiempos de la conquista, guardado ahora en una de las iglesias de la ciudad. Cuando los indios quisieron quemar la cruz, aplicándola varias materias inflamables, ésta se resistió á la profanación, y el cielo indignado envió un rayo sobre los salvajes, matando á muchos de ellos. El milagroso suceso, de que hablan las antiguas crónicas, tiene una explicación racional. La cruz era indudablemente de quebracho ó de algún otro árbol de madera dura, difícil siempre de quemar, y más en la precipitación de un asalto. En cuanto al rayo, debió ser algún arcabuzazo enviado con mano certera por un español de